



RAFAEL D. SANCHEZ P.

DISCURSO, HERMENÉUTICA Y CIENCIA SOCIAL

Rafael Parada Fernández

GADAMER O EL DISCURSO HISTÓRICO HEIDEGGERIANO DEL LENGUAJE

En verdad y método, GADAMER hace una relectura de la relación entre hermenéutica, discurso e historia. La primera conclusión que uno tiene a la mano, es que este pensador interpretó el discurso histórico-ontológico, es decir, la hermenéutica ontológica, a lo Heidegger, y el primer obstáculo que saltó fue el de las trampas binomiales texto-intérprete, sujeto-objeto, o mejor dicho las trampas del lenguaje. Para su propósito Gadamer apela a la noción de juego del lenguaje elaborada por el Wittgenstein tardío "porque llamar al aprendizaje del habla proceso de aprendizaje es sólo un modo de hablar. Se trata en realidad de un juego: juego de la imitación y de intercambio" (GADAMER, 1992: 13). Esta noción de juego se plantea en la perspectiva ontológica y lingüística, para salirle al paso a la pura y simple interpretación semántica del significante-significado, al estilo del viejo estructuralismo lingüístico saussuriano, donde toda pregunta presupone una respuesta, como una relación causa-efecto frente al enunciado.

En cambio Gadamer nos propone la otra vía: la del sentido. Una hermenéutica del sentido, y no del significado-significante, asumida como filología histórica, donde la pregunta sólo presupone una nueva pregunta, donde el denunciado es la enunciación a lo Wittgenstein (Gadamer, 1992: 14-15); Juego del lenguaje es juego del arte hermenéutico, y es aquí, justamente aquí, donde nada queda por fuera: el habla es, también, parte del juego; el habla como juego de imitación y de intercambio; son formas de voces cuyo placer es su propia producción, afán imitativo (*imitatio*), como experiencias de un

prelingüismo, con destello de sentidos y de sentido; intercambio de amistades, de gestos, esas son las competencias lingüísticas: la capacidad del hablante, sin reglas, sin "manejo correcto del lenguaje" (op. cit; 15-17). Aquí donde la dimensión lingüística se inserta en la dimensión hermenéutica, es el juego lingüístico de lo hablado dialogal, el espacio y el tiempo se difunden en el concepto de ambiente lingüístico y donde el estilo es la concreción del discurso.

La hermenéutica Gadameriana (verdad y método) da más, ya que el texto, el construccionismo, son reconstruidos a partir del triángulo lectura, interpretación-comprensión, a diferencia del signo (significante-significado) donde todo es homología. Gadamer nos propone un signo: la diferencia, ya que un signo no es idéntico a sí mismo; tampoco lo es el concepto de significado con sentido absoluto, sino un significado con sentido relativo, porque es el sentido del sentido, del que estamos hablando; no es la interpretación gramatical, a lo análisis del discurso morfológico, sintáctico, cadena sintáctica, etc., no; es sólo interpretación gramatical psicológica, individualizante del intérprete y del hablante, pues no se trata de explicación, sino de comprensión, interpretación, lingüisticidad dialogal, hermenéutica de la lingüisticidad (Op. cit: 17-24).

Entonces, conceptos como los de lectura y texto adquieren otra dimensión: la lectura es un problema de texto-interpretación, donde leer es comprender, porque la lectura es la estructura básica de toda realización del sentido y el texto es el contexto, es decir, historia –sin historiografía–, realidad histórica del texto-sentido y del sentido del texto, acto de la expresividad individual, insertada en un hecho comunicativo: la intención sobrepasa lo dicho, apela, más bien, al sentido de lo dicho para hacer del texto comprensión. Es, si se quiere, más bien investigación fenomenológica donde la conciencia es fundamental, pues tenemos en la conciencia la imagen de la realidad mentada, es decir, su representación es relectora de la enunciación, sentido de un suceso, inferir de textos y otros testimonios (texto-interpretación), (Gadamer, op, cit: 24-29), es como diría el viejo Dilthey un reflexionar del ser humano en cuanto está determinado por el saber, sobre su propia historia, porque es la vida, el carácter fundamental de la existencia humana, es arte, sociedad, religión, política; toda su vida, sus proposiciones y no sus conceptos.

LA POSTMODERNIDAD O LA MUERTE DEL DISCURSO Y DEL SUJETO

El pensamiento postmoderno parte de una suerte de hermenéutica: el discurso, para llegar a la conclusión del agotamiento del discurso dominante: la razón, la historia, el sujeto, la ley; todo ha muerto, todo se ha derrumbado; hasta los grandes relatos han fenecido. Es una suerte de "Revuelta contra los padres del Pensamiento Moderno: Descartes, Locke, Kant, Marx, Bernstein (Vattimo y otros, 1990). Ni siquiera el progreso, la utopía, tampoco el derecho a emanciparse, han quedado vivos.

Pareciera, pues, que asistimos a una suerte de escepticismo, o, por el contrario, estamos en presencia de un nuevo proceso civilizatorio, en donde cobra mucha fuerza lo cual contra lo universal, lo singular, lo fragmentado, contra el viejo oficio de lo "riguroso", "objetivo", universal, totalidad. Se impone "la diferencia", "la discontinuidad", "la deconstrucción" o "la diseminación" (Mardones, Op. Cit: 20-22). Lo que sepulta el discurso postmoderno es, fundamentalmente, el pensamiento de la ilustración: contra la tradición heredada en ciencias sociales, surge la desconstrucción como arma fundamental contra los grandes relatos, incluido el científico. A este pensamiento se le acusa de neoconservadurismo, neopositivismo y neoliberalismo, y de ser una simple moda. Pero la postmodernidad se defiende sugiriendo la idea, según la cual estamos en presencia de una suerte de hermenéutica que supone los juegos del lenguaje, la libre discusión, la incursión de un nuevo acto comunicativo y un nuevo giro lingüístico (Rorty, 1990) donde la obra de Wittgenstein, es un punto de referencia obligado: es el pensamiento del mundo, del lenguaje del mundo y del mundo del lenguaje, los límites del lenguaje y los límites del mundo, que en Wittgenstein son los mismos explicados en formas metafisológicas y asumidas por el desconstruccionismo postanalítico.

Por ahora, no estamos tratando todos los temas de la postmodernidad, sino precisando el papel del discurso, que es, en verdad, lo que nos interesa. El discurso es parte de la discusión (Gadamer-Habermas-Apel), así, mientras Gadamer es, claramente un hermeneuta del discurso, Habermas, es, en cambio, un comunicador del discurso y Apel el diseñador de una ética discursiva. Es, como si indirectamente recurriéramos a Heidegger (Gadamer), Hegel (Habermas) y Kant (Apel). La trampa del

discurso filosófico vuelve, pues, a presentarse, a pesar de que todos los posmodernos, partan, por principio, de un discurso no filosófico. Y efectivamente lo son, salvo Habermas, que es, claramente, un Hegeliano. ¿Qué es, pues, lo que no permite desligarse claramente de la filosofía? A nuestro entender la búsqueda propia de una relación hermenéutica y discurso; la necesidad de elaborar una hermenéutica discursiva postmoderna.

Ahora bien, si uno de los problemas fundamentales del debate postmoderno es, justamente, la "muerte del sujeto ¿cómo es, entonces posible, que, justamente, salvo en el caso de Heidegger, se recurra a los pensadores donde el sujeto es lo fundamental?; porque la razón en Hegel es un problema del sujeto y también en Kant. El propio Lyotard (1987) es un seguidor acucioso de Kant, en su concepción histórico-político, y llega, a encontrar las explicaciones Wittgensteniana de las familias de proposiciones. Lyotard (op, cit: 11-13). Fijando la mirada kantiana en la separación entre lo crítico y lo político ¿Por qué, tiende a ser precisamente, una relectura de Kant? a nuestro entender por la necesidad discursiva de encontrar una explicación hermenéutica, de la relación argumento-proposición-concepto. Y, es que haciendo hermenéutica, aún la no filosófica, no importa de donde salga o quien haya elaborado la herramienta, sino si ésta nos permite ser aplicada ahora y aquí con este-ser-en-su tiempo.

Kant es también el arma de Apel (1991) para refutar a Habermas en las llamadas aporías habermasianas. La crítica a Hegel es haber convertido la ética en una teoría y la teoría en ética (Apel; 1991: 16-22).

En cambio Apel (1991) asume una ética del Discurso, cuyos fundamentos son:

- a) Es una ética de la comunicación o del discurso que opera como una ética normativa.
- b) La tarea capital de la ética normativa consiste en la fundamentación de proposiciones prescriptivas o evaluativas, obligatorias para todos.
- c) Quien la emplee sólo reconociendo algunos supuestos está en su derecho.
- d) No se pueden inferir preposiciones prescriptivas o evaluativas a partir de premisas descriptivas, es decir, no prescriptivas o evaluativas.
- e) El valor que la inferencia deductiva de normas a partir de normas tiene para el mencionado problema capital de la ética normativa, puede manifestarse en la afirmación: la deducción sólo sirve para explicitar

lo que ya se ha presupuesto como válido; no para fundamentar lo normativo que aquí posee relevancia.

- f) Quien se dedica a la ética normativa no le queda otro camino que fundamentar realmente la moral última a partir de la propuesta filosófico-trascendental.
- g) Para no quedarse aislado en un normativismo absurdo le corresponde descubrir, inferir normas siempre reconocidas.
- h) La fundamentación filosófica de la ética sólo está abierta, si se puede a partir del hecho de que algo éticamente relevante pertenece a nuestra razón.
- i) La ética normativa tiene como principio último la fundamentación pragmática trascendental y pragmático-universal (K.O. APEL y Otros: *Ética comunicativa y Democracia*).

Igualmente en la "Condición Postmoderna" Lyotard (1994) el discurso es el de los juegos, el de la interrogación, el de la narración, el de los enunciados. Lyotard hace tres observaciones a la propuesta Wittgenstein: la primera: sus reglas no tienen su legitimación en ellas mismas, sino que forman parte de un contrato explícito o no entre los jugadores; la segunda: a falta de reglas no hay juegos, una modificación en la regla modifica la naturaleza del juego, un enunciado equivocado no pertenece al juego; tercera: todo enunciado debe ser considerado como una "jugada" hecha en un juego (Lyotard, 1994: 27). Todo ello nos conduce a una propuesta: una concepción instrumental del saber en las sociedades desarrolladas, o pragmáticas del saber narrativo, en el que el saber no es una ciencia, ni siquiera conocimiento, porque "el conocimiento sería el conjunto de los enunciados que denotan o describen objetos, con exclusión de los demás enunciados, y susceptibles de ser declarados verdaderos o falsos" (Op, Cit: 43-44).

El conocimiento científico es hecho a base de enunciados denotativos, una suerte de subconjunto de conocimientos, el saber permite emitir "buenos" enunciados denotativos y también "buenos" enunciados prescriptivos; "buenos" enunciados valorativos y no sólo cognitivos. El relato es la forma, por excelencia, de dicho saber, se trata de retener el hecho de forma narrativa: el relato popular con las formaciones positivas o negativas, éxitos o fracasos que dan legitimidad a las instituciones; el relato en su forma narrativa que admite la pluralidad de juegos del lenguaje: relatos de enunciados denotativos; y, finalmente, el acto comunicativo, a saber, la transmisión de esos relatos. Su narración es pragmática y no

simplemente retórica, ya que la narración tiene incidencia sobre el tiempo: pragmática del saber científico (op, cit: 44-54) y su función narrativa como componentes legitimadores del poder, pero cumpliendo una función heurística.

Para Habermas, en cambio, lo fundamental del discurso consiste, más bien, en profundizar la competencia comunicativa. Para él lo común "Todos los juegos lingüísticos están en que, con el aprendizaje de un lenguaje, se aprende, a la vez, algo así como el juego lingüístico, o las formas de vida humana; se adquiere a la vez la competencia para la reflexión sobre el propio lenguaje o formas de vida y para la comunicación con todos los demás juegos lingüísticos. Es decir, la comunicabilidad entre las diversas dimensiones de la razón y juegos del lenguaje, sin sometimiento a los grandes metarelatos.

Pero la tarea fundamental es el diálogo con criterios de validez intersubjetiva (ética, normas), las afirmaciones tienen una pretensión de validez o universales pragmáticos. Es aquí donde lo fundamental en (habermas) es la argumentación, la razón: el discurso (Vattimo, 1994; Habermas 1991). En Habermas no se puede separar su preocupación por el discurso, sea como conocimiento e interés, como "autorreflexión crítica" y reflexión trascendental o "reconstrucción racional" de las condiciones del habla y de la acción, de una propuesta de teoría crítica de la sociedad, que, entre otras cosas es una teoría comunicativa, base sobre la que descansan los demás postulados habermasianos teóricos y normativos, acompañados de una hermenéutica y de una gran propuesta discursiva en la que la verdad de los enunciados, está ligada a la vida, al lenguaje y a la comunicación, pues la conciencia se transforma en lenguaje, tal como lo propone en su obra "conocimiento e interés" (Habermas; 1984).

El análisis del discurso, implícito en la obra Habermasiana está atravesado por:



1. Una concepción de una pragmática universal: fonética, sintáctica, semántica y oracional que acompañan a las emisiones: competencia lingüística.

2. Una propuesta **performática** del discurso sobre todo en el uso práctico-efectivo del lenguaje, en lo que se denomina situaciones concretas. Tal performance se separa de la **competencia comunicativa** o conocimiento del hablante-oyente de una lengua.

3. Existe un conocimiento "preteórico" reconstruible (un Know-how universal); es una competencia cognitiva-lingüística o interactiva, o mejor

dicho, hay un conocimiento implícito o tácito, accesible al sujeto competente, que debe ser succionado del sujeto a partir de una suerte de "mayéutica o interrogación".

4. Habermas es, en este sentido un Reconstruccionista, y aquí se separa del Derrida de la gramatología, ya que Habermas termina reconstruyendo el fono-logo-centrismo, que Derrida dice deconstruir, a partir de propuestas como las del mapa semiótico y de su pragmática universal, que termina siendo una teoría gramatical, oracional, cadenas oracionales, justamente lo que Derrida deconstruye (ver: La Gramatología. S.XXI, 1978).

5. El discurso en Habermas es también un acto del habla, es una fuerza ilocucionaria, que el hablante establece con el oyente, a partir de un consenso; pero este consenso depende de los presupuestos pragmáticos; a saber, el reconocimiento de restricciones contextuales, el compromiso del hablante de sus obligaciones: su fuerza ilocucionaria.

6. Habermas describe dos momentos: el del discurso propiamente dicho y el de la acción comunicativa (interacción). En lo que respecta al primero, a su vez distingue entre una especie de *Doxa* cotidiana, opinión, sentido común, punto de vista naturales, irreflexivos y acríticos; y la episteme, conocimiento, crítica, ciencia, punto de vista, crítica y fenomenología que han sido claves en la cultura occidental. En la *doxa* todo se vincula al acto del habla; en el discurso son hipotéticas y se tematizan explícitamente, es decir, el discurso parece ser una ruptura, que él mismo denomina discurso argumentativo, vinculado al interés cognitivo, que, a su vez, divide en interés cognitivo práctico e interés cognitivo emancipatorio, para referirse a la ideología y a la ciencia, en donde cae en la debilidad piagetana, a la que no voy a referirme ahora.